



PROGRAMA 2.000

PROGRESO Y NUEVAS TECNOLOGIAS

Luis SOLANA, Miguel Angel QUINTANILLA, Javier NADAL

Luis SOLANA

La Iglesia, que es una sabia institución, tenía dos secretarías de Estado, una para asuntos ordinarios y otra para asuntos extraordinarios. Creo que en el socialismo o en el progresismo en general conviene también tener esta doble forma de enfrentarse a las circunstancias, porque si la inmediatez nos agobia nunca definiremos el futuro, y si sólo hablamos de futuro, nadie nos creerá en nuestras definiciones del presente. Hoy, a pesar de estar, como todo el mundo, agobiado con los problemas ordinarios, gracias a Vds. puedo encontrar un marco en el que se hable de los problemas extraordinarios.

Hay una pregunta inicial que uno se puede hacer: ¿por qué plantear el tema de los socialistas ante las nuevas tecnologías? Podría hablarse de muchos otros colectivos que dirían que ellos también tienen algo que decir, que recibir o que sufrir de las nuevas tecnologías. Obviamente soy un convencido de que este debate es bueno y oportuno porque corremos el riesgo de afrontar las nuevas tecnologías sólo como un mito y no como definidoras de un cambio. Porque resulta que estas nuevas tecnologías se pueden aceptar o

no. Si se aceptan se ven inmediatamente afectadas áreas como la política, la educación o la economía. Si no se aceptan hay que definir cómo se convive frente a ellas. Y, lo que es más complicado, se acepten o no se acepten, todos afrontamos riesgos imposibles de medir con certeza hoy. Que los socialistas analicen en qué mundo van a vivir sus conciudadanos en el futuro en áreas tan importantes como las que he mencionado, educación, política, economía, etc., es absolutamente lógico o, mejor aún, es absolutamente obligado. Y una pequeña aclaración personal de quien, como yo, dirige una empresa en la que los asuntos ordinarios abrasan las horas: encontrar una foto donde se puede mirar el futuro a fuego lento intelectual resulta un sedante. Y otra aclaración: me van a permitir que no hable mucho de cifras, sino que plantee sobre todo algunos conceptos.

El otro día oí por la radio una copla que empezaba así: «Duérmete niño chiquito, si no el progreso te lleva». Ya está aquí una de las primeras características del impacto de las nuevas tecnologías: un cierto componente de miedo. Todo el mundo, o al menos mucha gente, está aceptando las nuevas tecnologías como algo que tiene que ser y no está claro que se acepten como algo que debe de ser. En el fondo tienen miedo los gobernantes. Los empresarios piensan que un modelo de producción se les termina y que no tienen capital para rehacerlo. Los trabajadores piensan que la máquina, otra vez, les va a quitar empleo. Los gobernantes dudan sobre cuál es la línea a seguir: el proteccionismo de lo que hay o el apoyo a la aventura y al cambio que se intuye. Yo comprendo ese miedo cuando, por ejemplo, Françoise Dalle ha oído del «taylorismo al revés». Es decir, que gracias a la electrónica y a las comunicaciones, su hija predilecta, vamos a la descentralización y a la desconcentración. A desandar mucho de lo andado durante siglos. El pensar en un hombre aislado pero bien comunicado es algo que rompe muchos esquemas organizativos a todos los niveles. Pero es que no sólo va a ponerse en marcha una fórmula de entender la alimentación, la comunicación, el pensamiento y un largo etc.; es que por primera vez va a hacerse realidad el bíblico «seréis como dioses», al poder hacer los hombres obedecer a células y átomos a su mandato más o menos caprichoso y más o menos racional. Lógicamente estoy mezclando asuntos referidos a mi sector con temas que afectan a muchos otros, pero intentaré que al final la meditación sea globalizadora, porque si alguien quisiera medir la capacidad industrial de desarrollo y hasta el ocio de un pueblo cara al futuro, sólo tiene que medir su industria electrónica y de comunicaciones y la respuesta que a su reto dan los distintos agentes sociales: empresarios, trabajadores, gobernantes y consumidores. Porque, ciertamente, el reto existe. Van a terminar unos modos de producción y van a aparecer otros nuevos, lo que va a requerir voluntad de aceptación del reto, capitales acumulados para intervenir y aceptación social del cambio.

Un país como España puede optar por lanzarse decididamente a las nuevas tecnologías, por esperar a ver en qué acaba todo o simplemente por convertirse en un conservador de lo existente. En el primer caso hará falta que alguien diga, justifique y entusiasme al ciudadano diciendo que vale la pena lanzarse hacia las nuevas tecnologías, sabiendo que quedarse sin hacer nada cuando el entorno se mueve lleva al aislamiento y al estancamiento. Pero ciertamente puede decir no. Creo, sin embargo, que es tal la mitología, por no decir otra cosa, que tienen las nuevas tecnologías que nadie se atreverá a decir no. Pero cada día que pasa, los que vivimos directamente el mundo de las nuevas tecnologías podemos empezar a decir con tristeza que hay muchos pequeños noes que, sin decir NO con mayúsculas, van dificultando el discurso a base de pequeños noes parciales. Mucho cuidado, porque al final muchos noes parciales pueden ser lo mismo que una gran negación y a cada agente social habrá que decirle si acepta o no el reto, pero cuando se acepte tiene que ser con todas las consecuencias.

Cuando se acometen aventuras complicadas es bueno tener planificado el proceso. Hoy la palabra planificación no está de moda. Creo que es un error. El problema con esta palabra, como con algunas otras que hoy parecen malditas, es semántico, ¿Qué quiere decir planificación hoy? ¿Alguien duda que la industria de alta tecnología de los EE.UU. vive en un enorme porcentaje de la planificación que realiza conjunta o separadamente con el Departamento de Defensa? ¿Qué hay de auténtico debate militar y qué de incentivación a las nuevas tecnologías en la mal llamada guerra de las galaxias? Yo creo que en estos momentos, además, si quisiera buscar una última diferencia entre alguien que es socialista y alguien que no lo es, buscaría cuáles son sus posiciones sobre el papel del Estado. A las gentes progresistas no les asusta, faltaría más, ni la iniciativa ni la competencia; les asusta la desigualdad y, al final, el único instrumento que protege a los desiguales es el Estado. En consecuencia, si queremos que España tenga acceso a las nuevas tecnologías el Estado tiene que ser un instrumento activo. Otra cosa es que el Estado tenga que actuar igual en el siglo XIX que en el siglo XX. Si en algún momento el concepto de quién es el propietario puede dividir a los que son progresistas de los que son conservadores, hoy el Estado tiene que plantearse su papel de incentivador a través de las compras, a través de la financiación complementaria, a través de los programas de investigación, etc., pero no tengo la menor duda que el Estado propietario va a ser una de las grandes víctimas de las nuevas tecnologías. Pero esto para los socialistas es inicialmente muy duro, porque hay tradiciones largas de entender al Estado como dueño de cosas. Se van a requerir ajustes ideológicos prudentes en la forma pero muy duros en el fondo, y subrayo esto de la prudencia en las formas y dureza en el fondo porque temo que en momentos de zozobra, y esta época es un buen ejemplo, el serenar a quien tiene miedo es mucho

más importante que azuzarle con la fuerza de que la meta final es positiva.

Las nuevas tecnologías requieren una aplicación intensiva de capital y esto hace que aquella vieja expresión de «acumulación primitiva» deba salir a la palestra. Es imprescindible plantearse la reducción de ciertos consumos para generar ahorros aplicados a la investigación y desarrollo, y a la compra de maquinaria y de procesos, si queremos afrontar con éxito la nueva época. El problema no es fácil. Si en el siglo XIX posiblemente la colonización permitía a las grandes potencias generar acumulación primitiva, ¿cómo se puede hacer hoy sin que se entienda de alguna manera que se está pidiendo a los trabajadores que sean ellos las colonias de este nuevo empeño? Esto sería un desastre para los proyectos en general y una decepción para los planteamientos progresistas. Habrá que hablar claro. Han de crearse centros de acumulación de capital muy importantes y habrá que pactar cómo se crean, para que aquellos que están reduciendo el consumo no planteen la gran pregunta: ¿por qué yo? Aquí entra en juego un colectivo: los sindicatos. Estoy convencido de que la entrada de las nuevas tecnologías puede hacerse sin los sindicatos e incluso contra ellos, pero los riesgos a corto plazo, y especialmente para países con democracias no tradicionales, no pueden despreciarse. Al mismo tiempo habría que plantear a los sindicatos que las nuevas tecnologías originan economías mucho más flexibles que las actuales. Morirán y nacerán empresas mucho más rápidamente, aparecerán y desaparecerán empleos a velocidades hoy desconocidas. Cambiarán los domicilios de las empresas en las geografías nacionales e internacionales sin que nadie lo pueda detener, y todo esto puede llevar a un sindicalista a poner uno de esos pequeños noes que yo decía antes, que se convierten al final en un enorme NO con mayúsculas. Nuevas tecnologías y flexibilidad es casi la misma palabra. No puede haber nuevas tecnologías sin imaginación, cambio, riesgo, acumulación de capital (económico e intelectual), y todo esto un sindicalista debe saberlo bien, esa resistencia al cambio tecnológico hoy es garantía de extinción mañana. El empresario, el político o el sindicalista que sólo toma las decisiones con los datos de hoy tiene garantizada la extinción mañana por algo tan normal como que las nuevas tecnologías los convertirán en piezas inútiles de la historia de la humanidad. Permitidme que le diga a ese colectivo que hoy puede tener miedo, incluso un miedo agresivo, que creo que es necesario que un ser humano pida tener cubiertos sus miedos. Lo que hemos de negar es que eso signifique una seguridad automática. Tiene que acercarse más al concepto de seguro. El que haya accidentes de automóviles por la carretera no lleva a los automovilistas a pedir al Estado que les compre un tanque, lo que pide es que haya un seguro de accidentes.

Hablaba antes de una acumulación primitiva de capital, pero

hay también una acumulación primitiva de saber. Posiblemente se habla muy poco o, mejor aún, no suficiente de que el saber hacer es mucho más complicado de acumular, desde el punto de vista institucional, que el capital moneda. Si alguien quisiera aplicar lo que está ocurriendo en el Pacífico, le pediría que no se quedase en la situación actual de pensar en un Japón que ya es la segunda potencia financiera del mundo, sino que echase la vista atrás y viera por dónde empieza ese proceso —ese proceso se produjo en la Universidad y en los centros de Formación Profesional del derrotado Imperio— o que analizase el número de estudiantes coreanos que trabajan en los EE.UU. para absorber tecnologías que hoy ya empiezan a estar en los mercados y en las fábricas de todo el mundo. Personalmente tengo dudas sobre la Universidad en su modelo tradicional. Tengo que hacer justicia a sus gentes y a sus esfuerzos de cambio. Pero esta Universidad así no nos lleva al siglo XXI. Felizmente, decía, ya lo saben y están cambiando. Pero o el proceso enseñanza-investigación-desarrollo industrial-mercado es un proceso perfectamente integrado o no permitirá que España esté en primera línea de futuro. Tengo la sensación de que el mundo económico español está viviendo, y va a vivir en los próximos años, clarísimas posibilidades de acumulación de capital. No estoy tan seguro de que la enseñanza y la Formación Profesional puedan tan rápidamente ponerse al lado de ese capital, de ese saber hacer, sabiendo que es imprescindible para que esas empresas sirvan para algo más que para especular.

Para terminar, a mí me gustaría que todas las personas de progreso, socialistas a la cabeza, hiciéramos una apuesta por las nuevas tecnologías como elemento clave del crecimiento de este país, cosa que ya sería bastante. Pero digo más, como posibilidad de mejora de la calidad de vida, del dominio del hombre sobre su destino, del bienestar personal y colectivo; en una palabra, del progreso humano. Pero hay que decirles a los políticos que tienen miedo, a los sindicatos, que no pueden decir sí y no a la vez, que la Historia les espera pero de otra forma; a los empresarios, que han de saber arriesgar, lo que significa que a veces se gana y otras se pierde; a los ciudadanos, que España tiene una posición privilegiada porque no tiene una industria tradicional que proteger en este sector, y eso le da una ventaja inicial que vale la pena aprovechar; a todos los que se llaman progresistas, y muy en especial a los socialistas, que pueden ser los actores de esa España nueva que nunca existió y que ahora, por primera vez, sí está en nuestras manos.

Miguel Angel QUINTANILLA

El objetivo general de estos debates es hablar de la estrategia política del socialismo en España de cara al futuro. Por eso, qui-

zás, la primera cuestión que nos podemos plantear hoy es el sentido que puede tener discutir, dentro de los múltiples debates que se desarrollan, sobre uno que desde el punto de vista de las estrategias políticas está todo hecho. Se podría pensar en efecto que, en relación con el desarrollo tecnológico, son muy pocas las posibilidades de maniobra política para definir estrategias diferenciadoras en función de postulados ideológicos, que es lo que caracteriza a los partidos políticos. O que quizás no sea una cuestión central para definir la estrategia del socialismo del futuro. Sin embargo, hay un argumento en contra de esta tesis y es el siguiente: el papel de las nuevas tecnologías en el proceso económico y social de un país desarrollado es cada vez más central por distintas razones. Principalmente, porque la revolución tecnológica industrial que las llamadas nuevas tecnologías, y especialmente las de la información y la comunicación, están introduciendo en nuestros sistemas productivos es de una profundidad extraordinariamente grande. Es semejante al calado que tuvieron las anteriores revoluciones industriales, pero con la diferencia de que se produce a un ritmo, como se ha señalado muchas veces, extraordinariamente rápido. Los cambios tecnológicos de la primera revolución industrial tardaron un siglo en cuajar en el sistema productivo y en el sistema de relaciones sociales, mientras que los cambios que las nuevas tecnologías están introduciendo se producen a un ritmo diez veces superior. Cambios, insisto, no solamente en la estructura productiva, sino también en las relaciones sociales a un nivel muy profundo, porque no existen sólo repercusiones en la estructura y en la distribución del empleo, sino también en las pautas culturales y de comportamientos, en los sistemas de valores, etc. Pero además existe otra razón para plantearse la estrategia frente al desarrollo tecnológico desde una perspectiva socialista. Esta razón, que no se ha señalado suficientemente, es que no existen patrones de respuestas políticas en la tradición socialista, y en general en la izquierda europea, suficientemente contrastados y disponibles como posibles soluciones a aplicar en cada circunstancia del desarrollo tecnológico de nuestros días.

Si repasamos las actitudes tradicionales de la izquierda respecto a este tipo de problemas podríamos, a título de simplificación y con objeto de facilitar la discusión, clasificarlas en cuatro grandes grupos. El primer grupo, la *actitud resignada*, considera que el cambio tecnológico es tan inevitable como incontrolable. Es decir, nos viene impuesto por el propio desarrollo interno del conocimiento científico y de sus aplicaciones y por la propia lógica del mercado. Por lo tanto, un país como el nuestro, como cualquier otro, no tiene más remedio que subirse al carro del desarrollo tecnológico, bien sea arrastrado o bien sea cómodamente sentado. Pero, en cualquier caso, o se sube o es atropellado. Esta actitud, en general, se puede llamar resignada porque no supone un planteamiento de iniciativa ideológica en la estrategia política a seguir, sino, como

digo, considera el fenómeno inevitable. Pero desde una perspectiva de izquierda se hace el siguiente añadido: el desarrollo tecnológico va a aumentar la actividad de nuestras empresas y, por lo tanto, la competitividad de nuestra economía, y esto es beneficioso porque ya vendremos nosotros y, a través de la política fiscal y de los servicios sociales, redistribuiremos la riqueza que se genere. Esta actitud no es nueva. Trata simplemente de aplicar el mismo esquema tradicional de la socialdemocracia del siglo XX, que consiste en potenciar el desarrollo económico para luego redistribuir la riqueza generada. Utiliza el fenómeno de las nuevas tecnologías como un componente más del desarrollo económico y, por lo tanto, de ese fondo de reserva de beneficios que posiblemente después puedan redistribuir para generar una sociedad más igualitaria.

Otra actitud, que hoy no mantiene casi nadie pero que en los años 60 era muy famosa, es la claramente *optimista*. Vendría a decir que las tecnologías de la información, de las comunicaciones y, en general, la revolución científico-técnica va a ser la encargada de realizar, de forma automática, el paraíso socialista en la tierra. Supone que basta con potenciar el desarrollo de las fuerzas productivas para que se derrumbé la lógica del sistema capitalista y el socialismo, como sociedad reconciliada y paraíso en la tierra, aparezca por su propio peso.

El tercer grupo sería el *pesimista*, que a mí me gustaría, dado el contexto español en que nos movemos, llamarlo *resistencialista* ya que la palabra se ha puesto de moda. Viene a decir que el desarrollo tecnológico es un asunto del capital, de las multinacionales y de las fuerzas que oprimen a la clase obrera y a la Humanidad. Lo mejor que podemos hacer, entonces, desde una perspectiva de izquierda es, o bien dificultarlo cuanto podamos o bien buscar formas alternativas al desarrollo que viene impuesto por la dinámica del mercado y los intereses del capital, es decir, buscar tecnologías alternativas, modelos alternativos del desarrollo técnico industrial, etc.

Yo no estoy de acuerdo con ninguna de las tres posturas, porque el diseño de la estrategia y del proyecto socialistas de cara al futuro debe cambiar profundamente y tiene que dar respuestas nuevas a problemas nuevos, y uno de ellos son las nuevas modalidades del cambio tecnológico y las nuevas formas de organización social y económica que de él se derivan. Por eso, la cuarta postura es la que yo propongo. La llamaría *oportunist*a para jugar un poco con la ambigüedad del vocablo. Consiste en aprovechar las oportunidades que nos brinda el fenómeno del desarrollo tecnológico para integrar en el proyecto socialista elementos nuevos que permitan respuestas distintas a los problemas mucho más amplios que se dan en nuestra sociedad. Concretamente, las nuevas tecnologías

ofrecen recursos para dar respuestas nuevas a los ideales del socialismo diseñando estrategias políticas innovadoras. Nos permiten redefinir el concepto mismo de progreso económico y social en términos no sólo cuantitativos, sino también cualitativos. Esto supone superar el paradigma socialdemócrata tradicional, que correspondía a la actitud resignada, y plantear una política económica y social que, más allá de potenciar el crecimiento para después redistribuir la renta, atienda a ambos objetivos desde el principio con criterios de calidad y no sólo de cantidad. Criterios de calidad de vida y de calidad de relaciones de los individuos con el sistema productivo en un doble nivel: como consumidores y como productores. Sería bueno que el socialismo se planteara el marco teórico de la política tecnológica en unos términos similares a como se lo plantea el último informe de la Oficina de evolución de la tecnología del Congreso de EE.UU. Este concibe que el ciudadano se relaciona con el sistema económico, por un lado, adquiriendo servicios y bienes y, por otro, produciéndolos. Por esto, dice, el objetivo de una política económica, de cara a la satisfacción del ciudadano, consiste en conseguir que pueda obtener servicios y bienes que le satisfagan y que, además, pueda acceder a formas de participación en el sistema productivo que también le dan satisfacción. Porque es un bien poder desempeñar la propia actividad laboral de forma satisfactoria. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que podemos aprovechar las capacidades y las peculiaridades que las tecnologías de la información y de la comunicación introducen en un sistema productivo y de relaciones sociales, precisamente para potenciar un tipo de crecimiento industrial y tecnológico orientado, no solamente a la producción en masa, sino a la producción a medida; no solamente a la generalización del trabajo, sino a la distribución del trabajo satisfactorio. Esta es una oportunidad que antes no había y ahora es posible.

Aunque, por supuesto, junto con estas oportunidades surgen también problemas nuevos a los que al mismo tiempo debemos dar respuesta. En primer lugar, los cambios tecnológicos van a arruinar a muchas empresas y, en segundo lugar, van a dejar en la calle a muchos trabajadores no cualificados, pero las razones de que las respuestas que se den a estas consecuencias no sean suficientemente aceptables, desde el punto de vista de los ideales de una política de equidad y de justicia, vienen dadas por dos características del desarrollo tecnológico en países como el nuestro. Por una parte, el desarrollo tecnológico debe estar necesariamente subordinado a centros de decisión más avanzados, de los cuales dependemos tecnológicamente, y esto impide unos grados de libertad que podrían permitir una mejor adaptación de las empresas y de los trabajadores a las necesidades del cambio. Y, por otra, las consecuencias sociales son tanto más graves cuanto más tenga el cambio tecnológico un carácter subordinado no solamente de cara al exterior, sino también de cara al interior.

¿Cuáles son, entonces, las respuestas socialistas a estos retos? Primero, aprovechar las posibilidades de nuevas formas de organizar la producción y las relaciones sociales. Y, segundo, tomar las medidas necesarias para evitar cuanto sea posible las consecuencias funestas de esta forma impuesta de desarrollo tecnológico subordinado. Citaré algunas de estas medidas. Obviamente no se puede pretender un desarrollo autónomo en el campo de las nuevas tecnologías en un país como España, ni siquiera en cooperación con el resto de los países europeos, por eso el mecanismo fundamental es inicialmente la transferencia de tecnología procedente de centros más avanzados. Esta transferencia no se produce por contratos, transfusiones o transplantes, sino que necesita que el donante tenga exceso de capacidad, que haya una receptividad por parte del beneficiario y, por supuesto, que haya un contacto permanente a nivel de Estado entre ambos. Entonces, la pregunta clave es: ¿cuál es nuestra capacidad para absorber la tecnología de los centros líderes mundiales? Porque la cuestión más importante en las políticas tecnológicas en España en estos momentos y de cara al futuro no es exactamente tecnológica, sino educativa o cultural. Es decir, la primera medida es preparar el recipiente produciendo en los sistemas formales e informales de formación y educación de nuestros ciudadanos cambios absolutamente drásticos y además de forma urgente. El segundo tipo de medidas tampoco son exactamente tecnológicas, sino científico-tecnológicas. En este aspecto se está haciendo ya mucho, por ejemplo, mediante el Plan Nacional de Investigación y Desarrollo Tecnológico. Pero como con estas medidas uno de los principales objetivos que se persigue es conseguir un tejido industrial integrado con el sistema científico-técnico, hay todavía muchos aspectos que se deben desarrollar. Este problema trasciende al de la mera integración de las nuevas tecnologías. Es mucho más básico que esto porque, aunque en principio no tienen por qué estar ligados a las tecnologías de la información, son imprescindibles para que éstas puedan surtir efectos. Por último, algo que me parece muy importante. Todas las medidas anteriores son respuestas al carácter subordinado del desarrollo tecnológico. Respecto al carácter posiblemente impuesto de este desarrollo, que es el otro polo de la problemática política que nos afecta, creo que hay que ser muy claro y decirlo de forma contundente: no tiene sentido un proyecto político estratégico socialista en este campo que no vaya acompañado de un interés por propiciar la participación democrática de los ciudadanos en la toma de decisiones sobre el desarrollo tecnológico y en la evaluación de sus consecuencias. A nivel de empresa no hay otra forma de conseguir que este desarrollo beneficie al mismo tiempo los proyectos socialistas que no sea implicando a los trabajadores en él. Esto se puede conseguir a través de los procedimientos de concertación y procesos similares. Pero, naturalmente, esto tiene que ser compatible y estar integrado en los mecanismos de la democracia representativa, porque no creo que las fórmulas de democracia directa sirvan

para potenciar la participación sin que al mismo tiempo impida que el proceso se haga racionalmente.

Javier NADAL

Siento mucho no ser un detractor de las nuevas tecnologías, porque sin duda el debate va a perder riqueza y vivacidad. Yo no estoy en una actitud resistencialista como la señalada por Miguel Angel Quintanilla, sino más próximo a la última postura, donde él mismo se situaba. Pero, en todo caso, no podemos dejar de admitir una cierta dosis de actitud resignada ya que las nuevas tecnologías son un fenómeno inevitable. Son un fenómeno que de una manera u otra nos arrolla. Sin embargo, el que nos arrolle no puede hacer nos perder de vista dos elementos: por una parte, que las tecnologías no son un fin en sí mismas y, por lo tanto, debemos tener siempre en mente que son un instrumento o una herramienta en mano de los hombres y de la sociedad y, por otra, debemos ser conscientes de que, aún no siendo un fin en sí misma, la tecnología tiene hoy un protagonismo inevitable y evidente. Tiene un protagonismo evidente porque estamos en un momento de cambio social y de reestructuración, en un momento en el que, al igual que cualquier otra revolución en la historia, la tecnología es un elemento fundamental.

Pero, ¿de qué manera está afectando la tecnología a nuestras sociedades, sobre todo en el caso concreto de España? Yo diría que las nuevas tecnologías son un elemento que entra directamente en todos los sectores inevitablemente y, por esto, todos tienen necesidad de integrarlas para mejorar su productividad y competitividad internacional. Pero no sólo las tecnologías van a entrar en el sistema productivo, sino que también van a redefinir, en una sociedad moderna, todos los servicios que el Estado ha puesto tradicionalmente a disposición de los ciudadanos. Con la llegada de las nuevas tecnologías la sanidad no va a ser la misma que antes, ni tampoco la educación ni, en definitiva, los distintos servicios asistenciales del Estado, porque las nuevas tecnologías se van a mostrar como un elemento fundamental del Estado de bienestar.

Por lo tanto, desde esta perspectiva, se detectan distintas demandas sociales relativas a las nuevas tecnologías que pueden dividirse en dos bloques. Por una parte, el bloque productivo, y por otra la sociedad misma que es en este momento el primer demandante de la introducción de las nuevas tecnologías y el primer beneficiario de la misma. Naturalmente esto no significa alinearse en la posición resignada que señalaba Miguel Angel Quintanilla, sino reconocer que, dada su inevitabilidad y su valor dentro del Estado de bienestar y como redefinidor de la capacidad productiva y, por lo

tanto, de la riqueza de un país, las nuevas tecnologías son un elemento de referencia inevitable.

Pasemos a ver cuáles son los objetivos, carencias y prioridades con las que podemos abordar el problema que nos ocupa. El primer objetivo es atender las demandas del aparato productivo, si queremos integrarnos en Europa en las mejores condiciones en el horizonte del mercado único del año 1992 y si queremos tener unos servicios asistenciales del Estado de calidad. Por lo tanto, me atrevería a plantear este objetivo de forma un tanto provocadora. Se trata de atender prioritariamente la renovación tecnológica de todos los sectores productivos y la dotación de infraestructuras tecnológicas que mejoren los servicios y resuelvan las necesidades sociales de todo tipo pasando para ello, si fuera preciso, por encima de los intereses de la industria productora. El aprovechar las necesidades de nuevas tecnologías para potenciar su producción en España aunque sea a costa de retrasar su disponibilidad. Es el interés de todos los sectores productivos, y no exclusivamente el que produce nuevas tecnologías, el que hay que tener en cuenta. Por tanto, traigamos la tecnología de donde esté y creemos nuestras propias infraestructuras tecnológicas a la mayor velocidad posible para todos los sectores. Sin embargo, no quiero decir con ello que las nuevas tecnologías no se deban desarrollar en nuestro país. Al contrario: el segundo objetivo que fundamentalmente debe atender un gobierno de progreso, un gobierno socialista, es potenciar la capacidad generadora de tecnología. Existen al menos dos razones para ello. Una, porque necesitamos asimilar las nuevas tecnologías y esta asimilación la logran en mejores condiciones aquellos países que las desarrollan y las producen. Y, dos, porque el sector de nuevas tecnologías es de un dinamismo extraordinario y es el que se va a desarrollar con más intensidad y el que mayor volumen de negocio va a generar en los próximos años. Por lo tanto, tampoco podemos olvidar que este sector es vital y tenemos que dedicar los mayores esfuerzos para que nuestro país tenga una capacidad productiva importante.

Planteados estos dos objetivos hay que ver cuál es nuestro punto de partida y si somos capaces de desarrollar nuestro sistema productivo. Nuestro punto de partida, y me voy a referir exclusivamente a la comparación con el resto de los países europeos, es bien conocido. Somos el quinto país de Europa en macromagnitudes, es decir, en conceptos tales como la renta, la demografía o, por citar una infraestructura tecnológica, en red telefónica. Sin embargo, aunque tenemos el 7% de PIB de la Comunidad, sólo tenemos el 1,5% del volumen total de la investigación y el 2,5% de la producción de electrónica y nuevas tecnologías. Si nos ponemos a comparar, nos encontramos con que, a grandes rasgos, la situación europea se divide en varios grupos: en un primer conjunto estarían países como Dinamarca y Alemania, y en el segundo estarían el

Reino Unido, los Países Bajos y Francia y, en el tercero, Bélgica e Italia. España no entra en ninguno de los tres. Está por debajo de todos ellos y ni siquiera forma otro grupo con el resto de los países. Los demás estamos cada uno como podemos en una situación en la que no alcanzamos ni el nivel más bajo del tercer grupo.

Este cuadro podría parecer pesimista y llevarnos a la conclusión de que España no tiene solución en esto de las nuevas tecnologías. Podríamos pensar que, como mucho, podemos conseguir atraer tecnología y crear infraestructuras, pero que difícilmente vamos a poder estar a la altura de otros países de nuestro entorno en producción y desarrollo. Sin embargo, creo que existen elementos de referencia suficientemente positivos para pensar que esto no tiene por qué ser así y que tenemos la posibilidad de salir de esta posición negativa y evolucionar hacia una posición razonable.

Estas posibilidades son evidentes cuando observamos el crecimiento del PIB que estamos registrando en los últimos años. Cuando vemos, por ejemplo, que la producción del sector electrónico en España en los dos últimos años ha crecido por encima del 30%, siendo el primer sector industrial en cuanto a crecimiento. Cuando vemos cómo las cifras del mercado están creciendo a ritmos similares, o cuando comprobamos nuestra participación en programas europeos de investigación tras dos años de pertenecer a la Comunidad. Nuestra cuota de participación en programas de tecnología avanzada se aproximan al teórico 7% que nos corresponde, exactamente estamos en cifras del 5%. Es decir, existe en estos momentos un dinamismo contrastado y evidente de nuestra sociedad que nos permite ser optimistas cara al futuro.

Pero ser optimistas, ver que la sociedad se mueve y apreciar que las actuaciones de los últimos años van bien encaminadas, a lo que no es ajeno el Plan Nacional de la Ciencia, no basta. Creo que es el momento de fijarse unos objetivos racionales, lógicos y, al mismo tiempo, posibles. Unos objetivos que permitan movilizar a la sociedad y al sector productor de las nuevas tecnologías. Objetivos razonables serían alcanzar en el año 92 a los países integrados en el tercer grupo y, como segundo hito de referencia, hacer todos los esfuerzos para seguir avanzando hasta integrarnos en el segundo grupo en el año 2.000. No sé si alguien considerará esto una utopía, pero a mí, observando todos los signos positivos señalados, me parece que con un poco de esfuerzo y con una política coordinada podemos llegar a alcanzar esos objetivos.

Objetivos que conviene sintetizar en una serie de políticas concretas. La primera, en cualquier caso, sería la difusión y asimilación de las tecnologías en todos los sectores consumidores, desde los ciudadanos hasta la industria y los servicios. El segundo, sumado al anterior, debe ser la dotación de infraestructuras tecnológicas

en cantidad y calidad, lo que requiere un esfuerzo importante. Y, en tercer lugar, aparece lo que Miguel Angel Quintanilla señalaba al final de su exposición: necesitamos tener un sistema de ciencia-tecnología-industria integrado y que alimente un tejido tecnológico homogéneo, que ya no puede ser visto como el tejido de un sólo país, sino conectado con Europa y con estrategias que van mucho más allá de Europa. Porque Europa en estos momentos y en estas tecnologías no es más que una pieza y ni siquiera la más importante en la dinámica internacional.

Así pues, debemos empezar por la adquisición de la tecnología. Si la tecnología está fuera habrá que facilitar la entrada de las multinacionales, otro problema será cómo controlar después su actuación en nuestro país. A continuación será preciso crear mecanismos de transferencia de tecnología y el punto clave es que se desarrolla a través del elemento humano. Naturalmente habrá que apoyar la existencia de empresas nacionales y facilitar, sobre todo, su integración en la economía internacional y su crecimiento en tamaño. Yo no soy un forofo de las fusiones porque sí, pero no deja de ser sintomático que hace pocos años de las 100 primeras empresas europeas sólo dos eran españolas, cuando países como Bélgica tenían 4 y el Reino Unido 26. La dimensión, aunque no siempre, es un aspecto a tener en cuenta.

Otro elemento fundamental es la creación de multinacionales españolas que pueden competir en el mercado internacional. En este sentido hay un dato interesante a tener en cuenta: de las 100 primeras empresas españolas, pertenecen el 36% a multinacionales, el 20% a la Banca, el 24% son públicas o semipúblicas y el 20% restante son de distintas propiedades. Con esta estructura de propiedad un pacto del Estado por un lado, la Banca por otro y tal vez alguna de las multinacionales que operan en España, podríamos conseguir alguna empresa potente con vocación transnacional y de matriz española. Junto a esto, existe la necesidad de crear centros de investigación y desarrollo ligados a la producción, como elementos necesarios para crear tejido, y para la participación en proyectos que alguna vez se han llamado estrella, de forma que con ellos se movilice a todo el sistema productivo.

De todos modos, aunque evidentemente se debe insistir en el esfuerzo de introducción de las nuevas tecnologías, no podemos olvidar los efectos negativos que se nos pueden presentar con esta introducción y que no podemos considerar desde una actitud conservadora o defensiva. Hay efectos negativos que están ahí y que no podemos dejar de lado: los desfases generacionales se acrecientan, las diferencias sexuales y sociales en el acceso al trabajo también aumentan como consecuencia de la introducción de las nuevas tecnologías, éstas además desplazan el empleo y en muchos casos el que se destruye es irrecuperable. En definitiva, estos efec-

tos y otros que están en la mente de todos nos pueden llevar a una desvertebración y a una fractura social. Nos pueden llevar a un nuevo dualismo en un país que ya de por sí ha sido históricamente dualista. Por tanto, debemos evitar crear las dos Españas de la tecnología. Este debe ser un punto de meditación permanente. Sería un flaco servicio hacer una política que no pusiera todos los resortes necesarios para evitar este peligro evidente. Porque, en caso contrario, podríamos crear marginados, excluir del sistema a los que no tienen acceso a la tecnología, mientras que los que sí lo tienen la dominan, la controlan y se apropian de sus beneficios. Por eso el Estado y el control democrático de la tecnología son fundamentales en todo el proceso.

Si hemos dicho al principio, quizás con actitud resignada, que la tecnología es inevitable, entonces late la pregunta: ¿es posible controlar este proceso? Si no queremos estar en una actitud negativa, la respuesta debe ser que sí. Sin embargo, una vez hemos dicho que sí, digamos cómo. Y en este caso la respuesta no es tan fácil. Pero, en cualquier caso, el control democrático tendrá que ser hecho desde los distintos niveles en que se accede, se puede acceder o se puede facilitar el acceso a la tecnología. El Estado y el Gobierno tienen la obligación de crear las infraestructuras tecnológicas y de modificar el ambiente legislativo para adaptarnos a los cambios. Pero no es suficiente, es necesario un proceso de concertación para que los agentes sociales intervengan en las distintas fases y, sobre todo, a nivel global. Los agentes sociales deben intervenir en la introducción de la tecnología en sectores completos y no sólo en las empresas. Si se negocia la introducción de tecnología sólo en empresas concretas podemos caer en el corporativismo. Los sindicatos tienen que, junto al capital y al Gobierno, concertar los procesos de introducción de las nuevas tecnologías, los procesos de reciclaje del personal, su flexibilidad, pero también la manera de como se participa en los beneficios de su introducción. Y cuando digo sindicatos también me refiero a otros tipos de colectivos e instituciones, como pueden ser los consumidores, el Parlamento, los partidos políticos, etc. En definitiva, hay que abrir un gran debate global y hacer un gran consenso sobre esta cuestión, pero también otros a menor nivel para todos y cada uno de los sectores.

Y para acabar, recordar un aspecto ya mencionado por los otros dos intervinientes, el de los recursos humanos y su formación. Este es claramente el elemento clave, junto al de la concertación, para una introducción adecuada de las tecnologías y conseguir dominar el proceso, en vez de ser dominados por él.

COLOQUIO

Manuel ESCUDERO

En las nuevas tecnologías nosotros, como otros países del mundo, vamos indudablemente a un ritmo muchísimo más lento que los países punta. Entonces, una pregunta importante que podríamos plantear es: ¿cómo se puede aumentar el ritmo de la transición tecnológica? Porque es evidente que esto es imprescindible si queremos conseguir el aumento de la productividad necesario para resolver muchos de los problemas que tenemos planteados y para obtener una base real para un proyecto de progreso en nuestro país. Sin embargo, parece que hay muchas inercias. Son los pequeños noes a que antes se refería Luis Solana.

Para perfilar un poco más la reflexión podríamos considerar dos de sus aspectos. Primero, teniendo en cuenta que el Estado ha adoptado la posición beligerante que tenía que adoptar como socio de la empresa privada, nos podemos preguntar si ha ocurrido lo mismo en cuanto a la introducción de la tecnología. Porque no estoy seguro que esto haya sido así en la promoción de proyectos estrellas, en las políticas de compra o en la estrategia de la renovación industrial. En mi opinión esto último es un aspecto fundamental y precisamente el que más nos falta en la articulación de una estrategia: una renovación industrial que además sea positiva, es decir, que favorezca a sectores o empresas de acuerdo con las señales del mercado, que atienda a la flexibilidad, etc. Esto posiblemente falla por parte del Estado.

Y, segundo, a la salida de la crisis, situación en la que estamos en estos momentos, ¿cuál es el tipo de valores desde el punto de vista económico que se está generando en nuestra sociedad? Quiero decir lo siguiente: al comienzo de la industrial-

ización, por ejemplo en el País Vasco allá a comienzos del siglo, el prestigio social en cuanto progreso está depositado en los industriales porque eran auténticos innovadores, sin embargo la figura de empresario que en estos momentos está primando en España es la de Mario Conde. Por lo tanto, ¿qué significa que hoy se admire más al financiero especulativo, que no se dedica a ningún tema de economía real, que al empresario innovador? Resumiendo, me da la impresión de que la falta de una estrategia industrial y de valores referenciales son dos aspectos relacionados, y lo sugiero como hipótesis probablemente parcial, que interviene en la carencia de efectividad o de ritmo en la transición tecnológica española.

Jaime BARREIRO

Una cuestión la trataron los tres ponentes y todos de distinta manera. Me gustaría hacer referencia a ella aunque no sea central. Es la aceptación en el mundo laboral de las nuevas tecnologías. Cuando hablamos de nuevas tecnologías nos inclinamos a pensar que partimos de aquí para ir hacia adelante y eso no es cierto. Es mucho más fácil recordar que no hay precedentes históricos que justifiquen el pesimismo respecto a los efectos laborales. Nueva tecnología fue la guadaña en su momento y supuso una amenaza gravísima, nueva tecnología fue la cosechadora después, más tarde la electricidad, etc. Pero, en cualquiera de estos momentos, la amenaza estuvo acompañada en el mismo acto de una reorganización en la forma de utilizar la tecnología o, dicho de otra manera, de un modo de producción diferenciado. Por lo tanto, no podemos advertir los rigores del futuro con los datos de hoy. Porque si ahora, tal y como está organizado el mercado de trabajo, recibimos el impacto de una tecnología de

consecuencias tan importantes éste será inevitablemente negativo, pero hay que pensar que las propias tecnologías exigen una reorganización de las fuerzas productivas, especialmente de la fuerza laboral.

Quizás el problema es que esta nueva situación se produce en medio de una gran crisis de relaciones porque el cambio es muy acelerado. Es bastante ilustrador tomar una enciclopedia y comprobar el agobiante número de inventos que ha logrado el hombre en los últimos 100 años, pero es que el número de inventos sigue siendo agobiante en los últimos 50, lo sigue siendo en los últimos 25 y todavía lo es en los últimos 5. Esa aceleración es la que nos somete a un debate tan desgarrador que no nos deja tiempo para reconstruir nuestra visión del mundo. Esa prisa nos está afectando a todos de manera cotidiana y el interés, en el sentido positivo de la palabra, se está convirtiendo en un condicionante difícilmente evitable.

Por lo tanto, para resumir, creo que merece la pena que discutamos aquí de dos elementos sobre los que ha habido alguna referencia. El primero, donde todos estaremos de acuerdo, es que quizás ha llegado el momento de decir que no sirve la seguridad laboral como único requisito para la seguridad vital. Esto tiene profundas implicaciones sociológicas, políticas y materiales. La segunda es que los sindicatos, exclusivamente como demandantes en el mercado de trabajo, deben desaparecer y surgir organizaciones laborales que también sean ofertantes. Es decir, que produzcan mercancía trabajo en condiciones competitivas.

Maria Jesús MIRANDA

La intervención de Miguel Angel Quin-

tanilla me ha sugerido dos problemas. El primero, en torno a la virtualidad de las nuevas tecnologías para la Administración Pública en general y para la Administración del Estado del bienestar en particular. Cuando estaba cenando he sacado mi cartera y había en ella siete tarjetas magnéticas orientadas al consumo. Sin embargo, no había ninguna tarjeta sanitaria o fiscal. Mi pregunta sería: ¿por qué no es posible aplicar la tecnología a la distribución de bienes y servicios sociales? Los pobres, los ancianos y todos los territorios marginales podrían tener tarjetas de este tipo, no dedicadas al consumo y el crédito, sino a los servicios asistenciales. Sería otra manera de ver el mundo. Pero ni aquí ni donde más avanzados están, en Noruega o en Canadá, se les ha pasado por la imaginación a los gestores del Estado ni la centésima parte de lo que se les ha ocurrido a los empleados del crédito y del consumo. El desequilibrio es tal que, o pegamos un zapatazo en el suelo y se vuelven las cosas del revés, o prácticamente todos los análisis que se han hecho aquí serán una utopía.

El segundo problema es relativo a la enseñanza. Una parte del trabajo que he hecho en mi vida ha sido intentar enseñar cómo utilizar la informática en el diseño asistido y en el control de procesos. Y me he encontrado con muchas dificultades. Está muy bien que la Universidad haga planes tecnológicos, pero en nuestro país no se va a conseguir nada positivo mientras no se dé un cambio rotundo en la enseñanza primaria. Porque el problema fundamental es que es incapaz de pensar un proceso. Esto le ocurre a universitarios y a profesionales cualificados de la industria, pero simplemente porque tienen un déficit anterior. Me parece que esto es un problema terriblemente grave.

La pregunta que planteaba Manuel Escudero, sobre la eficacia o no del modelo que se ha seguido en España en la introducción tecnológica, es una cuestión importante. Tenemos como referencia permanente el caso de Corea. Ahora tienen allí un nivel tecnológico que no podrían soñar hace siete años. Nosotros, por el contrario, no hemos avanzado tanto en el mismo período de tiempo. Entonces, ¿qué ha ocurrido en España? Evidentemente, en los últimos años ha habido un proceso de aceleración importante en el PIB. Estamos creciendo y hay una mayor coordinación en la investigación. Pero es cierto que, por ejemplo, la participación de nuestras empresas en los gastos de investigación y desarrollo en el año 1987 no era más allá del 20%, mientras que en cualquier país de nuestro entorno contribuyen con el 50% o el 80%. Por tanto, estamos creciendo aceleradamente, pero estamos todavía a unos niveles bajos y necesitamos un salto cualitativo.

Seguramente las razones para que esto no haya ocurrido son más psicológicas que objetivas. Nuestra industria tecnológica, por no hablar de nuestras tecnologías, no ha soltado del todo los resabios de la autarquía y todavía piensa en mercados cerrados. Siguen latentes los viejos modelos. Es un problema de cultura empresarial, laboral y sindical. Creo que éste es el aspecto más importante con el que hay que romper, igualmente que hace unos años se tomó conciencia y se pactó una reconversión, ahora hay que pactar otra cosa y esto significa un cambio cultural.

Cuando los tres ponentes que estamos aquí y muchos de los que estáis en la sala hemos coincidido en que el problema fundamental que hay que acometer es el de la formación de los recursos humanos e incluso cambiar la cultura, yo me pregunto si en el fondo no nos estamos escudando tras una palabra mágica. Pensamos que ya sabemos lo que tenemos que hacer, mejorar los recursos humanos, y nos estamos olvidando de cortar el nudo gordiano que nos impide dar el salto a un nivel superior de desarrollo. Es cierto que la educación es fundamental, pero no es suficiente. Algo más nos falta para salir de la situación en la que nos encontramos: un gran consenso social que nos movilice a todos en otra dimensión. Y en este mismo orden de ideas es donde se encuadra la cuestión de la participación mencionada por otro interviniente. Los sindicatos tienen que concertar con el capital y con el Gobierno un gran programa de renovación tecnológica.

En cuanto a lo que ha dicho María Jesús Miranda, creo que ha dado ideas magníficas de cómo las nuevas tecnologías pueden valer para definir el Estado de bienestar: evidentemente la imaginación puede servir para encontrar nuevas aplicaciones, pero se necesita ponerlas en práctica y que la Administración tome el

papel que le corresponde. En todo esto lo que hace falta es una evaluación permanente de lo que está sucediendo con las nuevas tecnologías. Quizás un programa potenciado desde el Gobierno. Una manera de saber qué es lo que está ocurriendo y por qué. Sepamos cómo se ha estado evolucionando, qué efectos positivos y negativos se están teniendo y qué efectos que deberían suceder no suceden. Este elemento de información es la base para encontrar soluciones más creativas.

Miguel Angel QUINTANILLA

Dos son las intervenciones que me interpelaban directa o indirectamente. Empezaré respondiendo a Jaime Barreiro. Tienes razón al comparar las actuales nuevas tecnologías con las de cualquier otra época en relación con la destrucción o creación de empleo. Cuando se introduce la tecnología en el sistema productivo es para aumentar la productividad y, por lo tanto, el factor capital constante a costa del factor capital variable. Se pretende ahorrar salarios y, en consecuencia, se destruye empleo. Esto sucedió en las manufacturas inglesas, en las factorías motorizadas, etc... Pasa ahora y pasará en el futuro en todos los sectores industriales. Sin embargo, según los modelos más avanzados, como puede ser el americano, los datos nos dicen que, aunque efectivamente se destruye empleo, globalmente surgen tal cantidad de otros nuevos que realmente no podemos hablar de paro estructural como consecuencia del desarrollo tecnológico. Simplemente cambia el modelo del sistema económico. Por ejemplo, los americanos piensan que la evolución de las tecnologías de la información y las repercusiones que van a tener sobre el sistema productivo llevan a la dirección de potenciar empleos, no solamente de un elevado nivel profesional, lo que supondría la marginación de un gran sector de la población, sino de aquellos que necesitan otro tipo de cualidades profesionales. Y, efectivamente, el número de ejercicios dedicados al trabajo y a la venta de servicios y bienes en EE.UU. ha crecido extraordinariamente. Estos son un tipo de trabajo que requiere cualidades humanas, así se llama, y formación básica general, pero no habilidades específicas y son accesibles para una gran parte de la población. Son empleos nuevos que antes no pertenecían al circuito normal de la economía de mercado y que ahora han entrado en él. Me refiero a las atenciones personales, a muchos aspectos de la atención sanitaria, de la atención educativa, etc... Por lo tanto, desde este punto de vista, estoy completamente de acuerdo con Jaime Barreiro: los cambios producidos por la revolución tecnológica a la que estamos asistiendo van a desplazar mucha fuerza de trabajo de sectores tradicionales pero, si el crecimiento se hace con un modelo global, lógicamente tienen que surgir actividades nuevas que permitan la recolocación de efectivos laborales.

Ahora bien, el problema no es la reestructuración de los puestos de trabajo, sino el trauma social que la sociedad crea. Como socialista considero que los traumas sociales no son deseables y hay que luchar para evitarlos o, en todo caso, compensarlos al máximo si son inevitables. En el diseño estratégico político del socialismo hay que acostumbrarse a pensar en el costo de la renovación tecnológica y de sus consecuencias económicas y sociales. Hay que incluir en el diseño los costos de la compensación por los perjuicios que se causan. Por ejemplo, hay que compensar a la población en la que se ha instalado una central nuclear o un laboratorio de residuos nucleares, porque si no seguro que habrá reacciones contrarias a estos proyectos. O también facilitar el reciclaje al sector de la población laboral que ha sido desplazado. Respecto a esto último, se exponía en la mesa la duda de si en estos momentos son tan importantes algunos sectores tradicionales de la economía como para que les beneficie de forma sistemática la política fiscal. Si estamos convencidos, como dicen algunos teóricos, de que el equivalente a las infraestructuras terrestres tradicionales para una sociedad industrial o para una sociedad posindustrial son las estructuras cerebrales, es decir, las estructuras de formación del sustrato cultural, de formación de competencia profesional, etc., entonces, ¿por qué no desgravamos fiscalmente la formación y la educación?, ¿por qué no orientamos globalmente la política económica también a este tipo de estructura? Yo creo que, puesto que todos estamos de acuerdo en que estas infraestructuras son fundamentales para la sociedad del futuro, se debe orientar la política económica de tal manera que se compensa a aquellos que van a sufrir las consecuencias del camino subvencionando el reciclaje de igual manera que se subvenciona la construcción de carreteras. Este es el sentido que quiero dar a la afirmación de que el problema no es el paro estructural, sino la reconversión y el costo de ésta. Otra cuestión sería que el tiempo de trabajo socialmente necesario para un determinado nivel de crecimiento económico en función del aumento de la productividad disminuye y que, por lo tanto, habrá que repartir ese tiempo de trabajo. Pero esto no tiene nada que ver, al menos al principio, con la revolución tecnológica, no es el factor fundamental.

Respecto a lo que me planteaban en otra intervención quiero decir que no soy partidario ni de las viejas teorías del socialismo autogestionario ni de los viejos mitos del siglo XIX. No porque no me parezcan importantes, sino sencillamente porque son soluciones para una economía del siglo XIX o principios del XX y el proyecto socialista hoy no puede identificarse con ellas. En lo que sí creo es en que nos tenemos que identificar con los planteamientos ideológicos, que es lo que diferencia a una posición de izquierda de otras posiciones igualmente legítimas. Nadie debe plantearse solamente, como gestor, cuál es la forma más eficaz de resolver un problema, sino cuál es la forma más justa de solucionarlo de

acuerdo con su propia ideología. En este sentido, la participación es un problema de justicia y no meramente de eficiencia tecnológica. Por lo tanto, si evitar la explotación por el trabajo es un objetivo de la tradición socialista, me parece que la única manera de avanzar hacia él es consiguiendo que los más perjudicados en las relaciones económicas tengan mecanismos de compensación que les permita ejercer su influencia en el tema de los cambios tecnológicos. El trabajador tiene la posibilidad de usar varios mecanismos. Uno de ellos son los sindicatos. Pero creo que los trabajadores deben diseñar nuevos modelos de organización sindical. Esto se puede propiciar desde un gobierno socialista potenciando la democracia industrial, pero para eso necesitamos nuevas mentalidades tanto empresariales como sindicales.

Luis SOLANA

El modelo de enseñanza en España es probablemente lo que esclerotiza la modernización de este país. Aquí, lo he dicho antes, ya se ha producido una acumulación primitiva de capital, pero no la acumulación primitiva de conocimientos. No es sólo eso, sino que el proceso conocimientos-tecnología-producto-mercado está roto, cuando su integración ha sido el gran éxito de las universidades americanas, japonesas e, incluso, alemanas. Hay un divorcio clarísimo entre el modelo de enseñanza y el modelo de producción, y mientras esto no se encaje es imposible pensar en ganar los objetivos que Javier Nadal planteaba.

Hay otro tema donde también quisiera ser beligerante. ¿Actúa el Estado, no digo un gobierno del signo que fuere, suficientemente bien? Creo que no. En este país hay una obsesión por la macroeconomía y una falta de sensibilidad hacia la microeconomía. Se ha hablado de proyectos estrellas. Antes muchos socialistas protestábamos porque no se lanzaban proyectos locomotoras que ilusionaran al país. Al final se están poniendo en marcha, pero simplemente como una respuesta a la demanda social y no como proyectos que ilusionen a la población y se anticipen a esa demanda. Además, cada vez que hay una operación locomotora se olvida que debe ser soporte de muchas otras cosas: de riqueza, de actividad, de empleo, de tecnología, etc. El peligro es que de alguna manera estemos mejorando la fuente de resultados de otros, amortizando los gastos de investigación y desarrollo de las multinacionales a través del enorme mercado que somos en estos momentos. Cuando se tiene que debatir, por ejemplo, el tema de la subida de tarifas de la Telefónica, y entramos en un terreno de quinta, sólo se plantea su incidencia en el IPC, pero nunca he oído cuánto genera en la investigación, en el desarrollo de actividad y de servicios y cuánto incide de esta manera en el IPC.

Otro tema que me preocupa es el debate sobre el modelo que representa Mario Conde. Me parece un mal planteamiento lanzar la idea de que alguien que se ha enriquecido sin cometer ninguna inmoralidad es distorsionante. En esta sociedad a quien plantea este debate hay que preguntarle si tal persona estaba dentro de las reglas del juego. Estas reglas se pueden cambiar o no, pero lo que no se puede hacer son acusaciones contra el que cumpla con ellas. Hemos llegado a ser nuevos ricos y ocurre, entonces, que se convierten en mitos las estrellas que surgen en el firmamento económico probablemente con la misma rapidez con que se las destruye.

Respecto a la participación obrera, me gustaría mucho que todo aquel que proponga el tema diga muy rápidamente con quién y cómo. Porque en caso contrario, participación obrera se convierte en un concepto vacío y de muy peligrosa traducción.

Por otro lado, estoy convencido de que las nuevas tecnologías van a crear trastornos sociales y que es muy importante que la sociedad española lo sepa. Y digo más, hasta que un proceso generacional no cambie la cultura los trastornos sociales van a ser gravísimos. Hay un problema de fractura generacional, cultural y educacional que es imprescindible asumir. Pero además tengo la sensación de que las nuevas tecnologías, por falta de amortización de la investigación y del desarrollo, abocarán a una crisis próxima, salvo que Gorbachov, una de las personas que mejor ha entendido el capitalismo occidental, nos ayude.

Porque no se puede plantear un mercado de nuevas tecnologías en el que EE.UU. venda a Japón, Japón a Europa y Europa a EE.UU., todos investigando y gastándose miles y miles de millones de pesetas. O se abren nuevos mercados o es imposible la amortización.

Y, para acabar, quiero referirme rápidamente a lo señalado por María Jesús Miranda. Se ha dicho que el Estado no tiene tarjetas ni para esto ni para lo otro. Pero el Estado no tiene obligación de tener imaginación. Creer eso es caer en un profundo error. Lo que hay que pedir es que la sociedad ofrezca esos servicios y posibilidades y el Estado los compre o los instrumente. Con funcionarios públicos no se hace y no se puede hacer investigación.

Antonio PUERTA

El tema de las nuevas tecnologías se ha debatido bastante en los últimos años en España. Quizás ha ocurrido que a él nos hemos incorporado desde el principio una minoría, mientras que otros se incorporan

ahora. Esto puede explicar en parte las distintas actitudes que existen respecto al tema. Pero, entrando en cuestión, creo que hay que globalizar el problema porque la tecnología misma, se quiera o no se quiera, se generaliza. Esto me plantea una interrogante importante: ¿es posible o no

planificar y controlar un proceso de esta naturaleza? Mi punto de vista es que sí, siempre y cuando se de un acuerdo entre los interlocutores y los responsables que lideran los procesos en el orden político, en el intelectual y en el económico. En caso contrario es prácticamente imposible que se pueda hacer esta planificación. En este sentido, un gobierno socialista debe pensar en dos cosas para diferenciarse de otras ideologías: una, en el papel que debe jugar el Estado; y, dos, el papel que corresponde al trabajador-ciudadano. Un tema de reflexión puede ser dónde empieza una cosa y dónde acaba la otra. Porque pueden darse las circunstancias de que una persona como trabajador esté produciendo tecnología y como ciudadano se le creen algún tipo de dificultades, o a la inversa.

Respecto al papel que debe jugar el Estado, éste tiene que utilizar tanto los instrumentos de que dispone como su capacidad de compra. Estos objetivos no se han cumplido como se requería. Otro aspecto que debe cubrir es el de distribuidor de la riqueza que se cree con el desarrollo tecnológico, de tal forma que el progreso no deje espacios sociales marginados. Y otro es el de potenciar la participación. Suele suceder que establecemos una dinámica reivindicativa para conseguir una participación y, una vez se tiene, no se ejecuta. Yo he manifestado públicamente que lo más duro en todo planteamiento sindical es aceptar y entrar en una dinámica de participación, que es lo que te va a dar capacidad y control, porque las exigencias son tan duras que se requiere un esfuerzo inconmensurable. Además, hay

que considerar que el sindicato será mejor o peor en función de cuál sea su componente humano y este componente muchas veces falta. Si todos los técnicos, los ingenieros, los intelectuales, etc. consideran que el sindicato es necesario y posee un papel importante que jugar en la sociedad, díganme por qué no están organizados en ellos. No es posible exigirle a un instrumento de la sociedad un cierto nivel de participación y de responsabilidad sin dotarle, a la vez, del componente humano necesario.

Y, para acabar, me gustaría hacer otra reflexión. La situación económica hoy en España es mejor que hace algunos años debido sencillamente al esfuerzo tecnológico. Porque la reconversión industrial fue y es un esfuerzo tecnológico, aunque sea con muchas dificultades y deficiencias, para tratar de alcanzar niveles de eficacia y competitividad en nuestra industria. He dicho muchas veces que no concibo un país rico si no tiene una industria potente. No es posible financiar el sector servicios, la creación de empleo y a trabajadores cualificados sin una industria fuerte y capaz. Por lo tanto, me parece inevitable, si queremos continuar la línea de progreso, una apuesta industrial mucho más amplia de la que se ha realizado hasta ahora, aunque lo hecho haya sido importante. Para ello hay que seguir apostando por la tecnología de primera línea, pero sin abandonar a los sectores tradicionales. En nuestro caso es imprescindible que se sepa armonizar el mantenimiento de nuestra industria más tradicional con la apuesta tecnológica.

Luis SOLANA

Pretendo contestar sólo a algunas cuestiones de las que se han planteado aquí. En primer lugar, quisiera dar una dosis de pesimismo a los que lanzan el Programa 2000. Alguien ha dicho que en estos debates nunca se llegan a conclusiones. Es cierto, en un debate

sobre tecnología nunca se llega a conclusiones por definición. El que intente aclarar el modelo de nuevas tecnologías a seguir está abocado al fracaso. El tema de las nuevas tecnologías es dinámico por sí mismo. Nadie debe plantearlo desde una aproximación «conservadora», dentro del progresismo, porque las nuevas tecnologías van a cambiar constantemente.

Por otro lado, alguno ha dicho que es molesto defender las materias primas. En este tema España debería tener más confianza en sí misma. La gran materia prima del futuro es el saber hacer, el *software* de los ordenadores: el diseño de su uso. Hay quien se sorprende de que IBM traspase fábricas a países de tipo intermedio, pero lo que hay que preguntar es dónde están los centros de definición del *software*. Estoy seguro que estos centros no saldrán fuera, porque ahí está la gran materia prima del futuro. Lo importante para nosotros es no tener miedo y considerar que la materia prima es la sensatez. Por eso mi llamada de atención. Yo no digo que la Universidad deba estar mejor o peor, sino que el problema es cómo se unen los procesos de saber fabricar y saber vender. Esto lo saben hacer en países como EE.UU., y en España, en cambio, no. En este sentido, hay una contradicción «in terminis», lo cual es dramático tanto para el futuro de la enseñanza como para el país mismo.

En tercer lugar, para un socialista o un progresista las nuevas tecnologías deben significar una oportunidad para mejorar desde la calidad de vida hasta el empleo. Es una oportunidad que debemos aprovechar. Es el país quien tiene que asumir decisiones concretas y puntuales.

En cuarto lugar, niego que las tecnologías de la información estén fomentando el liberalismo. No hay ninguna tecnología que asocie más, que socialice más conocimientos, la educación o la medicina, que las tecnologías de la información. Por tanto, no se quiere decir que la liberalización de las redes de telecomunicaciones significa una ofensiva liberal. Todo lo contrario, esto traerá como consecuencia el fenómeno más integrador y socializador que va a vivir la Humanidad en los próximos años. Todo depende de para qué se use y de quién y qué gobierno las use, pero en sí mismas no son liberales ni conservadoras. Pueden ser, en cambio, un instrumento de progreso si se las emplea para repartir mejor el bienestar y la riqueza.

Y, en quinto lugar, hay una pregunta tremendamente importante que late en el ambiente y que quisiera que fuera un punto de debate en el futuro: ¿qué significa Europa? A mí me gustaría que no se mitificase Europa. Europa hasta ahora ha aportado a este país fundamentalmente estabilidad política, pero desde el punto de vista tecnológico hemos sido simplemente un mercado para amorti-

zar. El retraso que tenemos respecto a Alemania o Inglaterra no lo van a enjugar estos países. Otra cosa es que nosotros nos debemos sumar sin duda a todos los proyectos nuevos que se planteen. Pero téngase presente que también en el resto del mundo hay tecnología, en muchos casos más avanzada que la europea. Yo, como Estado, pensaría cuando alguna empresa europea presenta un gran proyecto de inversión en este país no sólo en las financiaciones, sino también en la transmisión de tecnología.

Javier NADAL

Rebobinando toda la información me voy a permitir ser un poco más optimista o, por lo menos, un poco más realista. No estoy de acuerdo en que el debate que tenemos hoy sea el mismo de hace muchos años. Efectivamente, hace algún tiempo que se producen debates sobre las nuevas tecnologías respecto a temas concretos, pero básicamente este debate no es igual a los anteriores. Se han consolidado ideas, se piensa en un futuro que parece más asequible y, además, no es justo el pesimismo porque las cifras que podemos manejar nos permiten por el contrario ser moderadamente optimistas. En los últimos años, como decía antes, se ha evolucionado en sentido positivo en las cifras de producción, consumo y de participación en los programas europeos. Las empresas y las instituciones españolas se están moviendo, tratan de participar y están consiguiendo retornos en tecnologías. Es evidente que esto no se consolida en dos años, pero es un germen que irá creciendo poco a poco. Quizás lo que hay que conseguir es aumentar la velocidad para lo que nos falta vencer las resistencias e inercias históricas.

En este sentido, se nos preguntaba qué significan los programas europeos. Por supuesto, los programas europeos significan mucho para España y debemos participar al máximo posible con el objetivo de que dentro de unos pocos años, a ser posible antes del 93, no seamos simplemente participantes en los programas, sino también en la definición de sus objetivos. Por otro lado, respecto a las posibilidades de Europa, comparto sólo en parte lo dicho por Luis Solana. Tenemos un ejemplo muy reciente que me permite sostener esta opinión: la tecnología de alta definición. Hace dos años Europa decidió hacer un esfuerzo sobrehumano para alcanzar una norma mejor que la japonesa. Europa se unió en este reto y sacó la norma adelante con unos efectos positivos visibles, aunque la pregunta que queda por contestar es cómo se comportarán los compradores con los aparatos de televisión europeos y japoneses una vez la norma se ponga en ejecución.

Se preguntaba también qué pensábamos sobre el modelo asiático. Sin conocerlo profundamente, puedo decir que este modelo se ha producido en Asia. Tal vez para que esto haya ocurrido así

deba haber algunas otras razones además de las meras razones industriales o de capacidad tecnológica. Creo que lo que funciona en el modelo asiático no es el control social sobre la tecnología, sino el control tecnológico de la sociedad. La sociedad asiática tiene una capacidad de ponerse todos firmes mirando en la misma dirección que nosotros no tenemos. Entonces, y enlazando con lo que ya hemos dicho varias veces, lo que deberíamos conseguir aquí con la intervención y actuación del Estado son fundamentalmente tres cosas. Una, lograr una homogeneidad de planteamientos en una dirección, lo que implica información de lo que hay que hacer, de los efectos de la tecnología y sobre su necesidad. Dos, potenciar la participación, de lo que tenemos ejemplos recientes en varios sectores. La reconversión tecnológica obliga a que la participación suba un escalón más; tenemos que conseguir participación y corresponsabilización, pero también una copartición de los beneficios. Esto, en definitiva, exige el tercer elemento clave: un cambio cultural. Este cambio cultural está ligado a la formación de los recursos humanos y la formación de toda la sociedad.

Miguel Angel QUINTANILLA

Voy a intentar referirme a aquellos puntos que me parece que no han quedado claros.

Un problema clave a determinar es si tenemos o no capacidad de maniobra, no en el sentido de capacidad para potenciar el desarrollo tecnológico en nuestro país, sino capacidad de maniobra para potenciar el cambio tecnológico de una forma determinada y coherente con un proyecto estratégico global de transformación social de acuerdo con parte de la tradición de la izquierda socialista. Porque estamos hablando del siglo XXI y de cuál va a ser el proyecto político del Partido Socialista, y esto no ha sido el centro del debate. La mayor parte de las cosas que hemos dicho están todavía en una fase previa. Es decir, en la fase de considerar el problema de la política industrial y de las nuevas tecnologías como algo que hay que asumir. En general, ésta es la posición que ha predominado, a pesar de mi intención de que no fuera así. Se ha mantenido lo que antes he llamado la actitud resignada: tenemos un reto tecnológico y lo que hay que hacer es potenciar el desarrollo económico, y luego ya veremos cómo distribuiremos la renta. Sin embargo, de cara a la definición de un proyecto socialista, el reto de las nuevas tecnologías, la política industrial en general y, concretamente, las posibilidades y peculiaridades que ellas introducen es algo más aprovechable. Nuestra pregunta debería ser: qué podemos aprovechar y potenciar de las aportaciones y modificaciones que al sistema productivo y social introducen las nuevas tecnologías, en coherencia con la tradición de la izquierda? Por ejemplo, este asunto pasa por el problema de la cooperación con

Europa. La integración de España en Europa tiene dos aspectos: por una parte, se trata de acortar las distancias respecto a los países más desarrollados y de aumentar el ritmo de crecimiento y el nivel de riqueza y, por otra, también modificar el modelo de desarrollo europeo. Es decir, vamos a tener poca capacidad de influir en el modelo europeo si no tenemos capacidad estratégica, pero seguramente también si no hacemos un esfuerzo por definir un proyecto progresista para Europa, potenciando las nuevas tecnologías de una forma determinada. Europa es una oportunidad importante desde el punto de vista de las posibilidades de aumentar nuestra capacidad de desarrollo tecnológico, pero también es una oportunidad importantísima para madurar un proyecto de izquierdas para gran parte del mundo.

Otro tema que ha surgido esta noche y al que me gustaría dedicar unas palabras es el de la enseñanza, la investigación, la ciencia, la universidad, etc. Todavía no hemos tomado en serio el asunto. Insisto en el ejemplo anterior de las autopistas y la educación. La infraestructura del tejido industrial del futuro depende más de la formación y del nicho cultural en el que se desarrollen las innovaciones tecnológicas que de las infraestructuras materiales. Por lo tanto, hay que hacer un esfuerzo mayor, más creativo e innovador en estos próximos años. Las limitaciones del sistema de educación institucional en general, no sólo del sistema universitario, para este esfuerzo son muy fuertes. Porque el esfuerzo debe ser intenso y además rápido y el sistema educativo institucional es lento de reacción. No es un caso típicamente español, sino mucho más general. El tema de la educación habría que empezar a pensarlo bajo un paradigma diferente al que ha sido el tradicional en la ideología de la izquierda europea. Para el futuro, el tema más importante que hay que debatir en política educativa no es la disyuntiva enseñanza pública o privada, tampoco la cantidad de la oferta educativa, sino la calidad y diversidad de la oferta educativa. Hay que hacer un gran esfuerzo para plantear una alternativa de izquierda orientada a responder al reto que suponen las transformaciones sociales que se nos vienen encima.

Por último, querría decir dos cosas que dejaran una nota de optimismo. Primero, el control, la participación democrática en el control y la evaluación de las nuevas tecnologías es un problema de justicia y de eficiencia, en el que los socialistas tenemos que aprender de los países más avanzados. Las fórmulas de democracia industrial que se han ensayado en otros países de Europa no han demostrado que disminuya la eficiencia del sistema económico, más bien lo contrario. Los costos de un proyecto tecnológico fallido por falta de participación ciudadana en su definición y aceptación son mucho más elevados que los que nos costaría lograr la participación misma. Pero es que, además, iniciativas como dotar a los representantes de la soberanía popular de instru-

mentos de evaluación racional de las opciones tecnológicas independientes del Ejecutivo son iniciativas que no se han inventado los europeos, sino que lo inventaron los norteamericanos, la meca del capitalismo internacional, en el año 72.

Miguel Angel Quintanilla

Y, en segundo lugar, hay que decir que España no está mal. Hay un gran consenso político y social. Hace cinco meses se ha producido en el Parlamento español una unanimidad respecto a un proyecto del Gobierno que supone una inversión anual del orden de 150.000 millones durante cuatro años. Todas las fuerzas políticas apoyaron el Plan Nacional de Ciencia y Tecnología, y esto es un esfuerzo considerable para ir preparando esa infraestructura cerebral de la que hablaba Luis Solana.
